

## **UNA GUERRA PERDIDA**

Michael Levine, agente renegado de la DEA, la llama una "guerra falsa"; pero, aunque fuera verdadera, no se puede discutir que jamás en la historia de la humanidad se ha derrochado tanto dinero, esfuerzo y tiempo en una causa perdida, y a sabiendas, pues es una guerra que no se puede ganar porque no se la quiere ganar. Cada día crece más la producción de cocaína, por la simple razón de que cada día hay más consumidores; pero los adictos echan todo el fardo sobre las espaldas de los dueños de la materia prima, la hoja de coca, que es un cultivo tradicional con profundas raíces culturales y un alto sentido ritual. La razón de ser de la hoja mágica ha sido desvirtuada por las desajustadas sociedades desarrolladas, que la han convertido en un negocio y en un vicio.

Después de muchos años de esta guerra inútil, Estados Unidos no puede ya ocultar su mayor fracaso desde Viet Nam: la derrota ante el llamado "enemigo interno" al que en 1972 Richard Nixon declaró una "guerra" abierta, intensificada luego por George Bush y arreciada por Ronald Reagan, con un derroche de 40 billones de dólares para combatir infructuosamente a los "narcos" extranjeros, sin tocar a los domésticos. Pese al fracaso de sus predecesores, Bill Clinton se ha emperrado en lo mismo, y presiona cada vez más a los países productores, exigiendo la erradicación de los cultivos de coca, sin brindar alternativas que garanticen la supervivencia de los agricultores. Así, los nuevos gobernantes bolivianos están, igual que los anteriores, entre la espada y la pared: acatan las órdenes del amo reprimiendo a miles de campesinos que defienden su economía y su forma de vida, o actúan en función de su soberanía y de los intereses de su pueblo.

La elección no es difícil, aunque sea dolorosa, pues quien controla la economía controla también la política; y tanto en el Primer Mundo como en el Tercero los políticos están más interesados en conquistar el poder y conservarlo a como dé lugar, así sea inclinando la cerviz. Mientras tanto, en Bolivia y en Estados Unidos, las cárceles están llenas de consumidores y traficantes de poca monta, y el negocio más grande del siglo sigue viento en popa, gracias a una torpe, dispendiosa, ostentosa, y a veces criminal política de represión.

El gobierno norteamericano "ayuda" al boliviano con miserables sumas destinadas a la sustitución de los cultivos tradicionales, en un programa pomposamente denominado "desarrollo alternativo" y apuntado a eliminar los cicales; pero hay una pregunta obvia que se hacen inclusive los colegas: ¿acaso invertir en la agroindustria una mínima parte de lo que se gasta en el enorme aparato represivo, no bastaría para llevar a la prosperidad a las pocas regiones cuya economía depende exclusivamente de las plantaciones de coca? Los campesinos renunciarían inclusive a su tradición y a su cultura si pudieran sobrevivir de otra manera. Si a los poderosos poco les importa nuestra prosperidad o nuestra muerte, por lo menos deberían preocuparse por sus bolsillos, si no por su salud, y poner fin a un estúpido derroche que escarnece a otros pueblos sin reportarles ningún beneficio.

Pero sería injusto confundir a todo el pueblo norteamericano con su gobierno. En Estados Unidos, como en todo lugar, hay una élite intelectual que está por encima de los

prejuicios generalizados y de los grandes intereses concretos. Aún en los sectores conservadores, muchos admiten que su país ha fracasado en esta guerra, y algunos llegan a recomendar una solución radical, pero lógica: la legalización controlada de la cocaína. Entre los más notables defensores de esta opción están William F. Buckley, conocido columnista; Milton Friedman, Premio Nóbel y campeón de la economía de libre mercado; Kurk Schomoke, ex alcalde de Baltimore; Marion Barry, ex alcalde de Washington; Gerogette Bennet, célebre criminóloga; Ethan A. Nodelman, profesor de Princeton, y muchas otras celebridades.

Para muchos, la solución podría consistir en descriminalizar las drogas, como se hizo con el alcohol, porque el verdadero problema no está en el consumo, sino en sus perniciosas secuelas: crimen organizado, drogas adulteradas que son más dañinas, injerencia del narcotráfico en la política, etc. Hay quienes son partidarios de una libertad irrestricta, de modo que cualquier individuo podría comprar cocaína en supermercados y almacenes de barrio, como quien compra cigarrillos o bombones. Otros, más cautelosos, sugieren una venta sólo en clínicas y hospitales, o por vendedores registrados y controlados por el Estado, sólo para enfermos comprobados y también registrados, con fuertes impuestos a la producción y al consumo. La propaganda, por supuesto, estaría absolutamente prohibida.

Aunque los efectos del consumo de cocaína no están suficientemente investigados, no se trata de justificarlo y mucho menos de alentarlos; pero partiendo del supuesto de que es dañino para la salud mental y física de los individuos y de la sociedad, no es razonable enfrentarlo como si fuera una cuestión criminal o policial, sino considerándolo un problema de salud. Nadie ni nada puede garantizar una solución perfecta; pero la situación actual conduce inevitablemente al desastre. Todos lo sabemos, excepto los altos círculos de poder norteamericanos.

AUTOR: *Waldo Peña Cazas, Periodista*

---

## **NOTA INSTITUCIONAL**

La lucha contra la droga es ficticia, puesto que ésta tiene dos lados: los consumidores y los productores para que la lucha sea efectiva, se debe atacar los dos extremos del proceso, sin embargo, se observa como la crisis de los conflictos sociales los viven los países productores de coca quienes están obligados a la erradicación total y son catalogados como drogadictos mientras, en los países del primer mundo, el consumo es lícito o al menos permitido y donde los gobiernos, en un acto de gran generosidad deciden invertir en los países productores para eliminar "SU PROBLEMA". Antes que asumir también la responsabilidad de que mientras exista demanda habrá producción de coca.

El campesino productor no es un drogadicto, sino una persona que tiene una familia y produce coca no "cocaína" para el sustento de sobrevivencia. Sin embargo, no se dice ni se hace nada con los consumidores drogadictos, quienes si producen la demanda y que tienen recursos suficientes para invertir en cocaína y además que pueden pasear por el mundo sin represión, sin que los maten como sucede con el campesino productor de coca.

La política de lucha antidrogas es contra la droga?

Responsable de edición: [Cristina Cardozo](#)